

de la estirpe de los Buendía, es capaz de predecir, como Tiresias, el destino de los suyos por medio de presagios. Una mañana, al enterarse de que su hijo el coronel Aureliano Buendía ha caído en manos de las fuerzas gubernamentales que se disponen a fusilarlo, permanece tres días llorando, hasta que una tarde escucha de repente en la cocina la voz del hijo ausente, y dando por sentado que se encuentra vivo se dedica a arreglar la casa para recibirlo, confiando en que, de algún modo prodigioso, sobrevivirá a la sentencia de muerte que pesa sobre su cabeza. En efecto, así sucede, el legendario coronel es rescatado por los mismos miembros del piquete de soldados encargados de fusilarlo, quienes, para colmo de prodigios, terminan uniéndose a sus huestes revolucionarias y emprendiendo una nueva guerra civil en el mítico territorio de Macondo. «En uno y otro caso lo mágico, lo maravilloso –señala Anderson Imbert– no está en la realidad, sino en el arte de fingir<sup>19</sup>» y nosotros diríamos más bien de narrar, pues es precisamente la minuciosidad de las descripciones realizadas la que acaba provocando el prodigio.

Los cronistas de Indias son, en su mayor parte, espíritus curiosos; quieren sinceramente conocer lo que existe, tienen necesidad de averiguar la verdad, una necesidad que según suponen comparten sus lectores, pero es precisamente el celo y la meticulosidad desplegados en sus relatos los que acaban produciendo lo maravilloso. El caso más patente es el de Gonzalo Fernández de Oviedo que en su *Sumario de la natural historia de las Indias* ofrece, con una precisión alucinante, lo que su memoria destaca como más relevante de la flora y la fauna del nuevo mundo, dando cuenta en especial de esos animales extraños, nunca antes vistos por los españoles: el armadillo, la iguana, el perico ligero, la zarigüeya y el manatí, a los que a fuerza de querer describir minuciosamente acaba por mistificar y conferir carácter fabuloso. Veamos lo que dice del armadillo, al que denomina puntualmente «encubertado» porque, según sus observaciones, este ratón blindado es idéntico a un caballo con armadura:

«Estos animales son de cuatro pies, y la cola y todo él es de tez, la piel como cobertura o pellejo de lagarto, pero es entre blanco y pardo, tirando más a la color blanca y es de la facción y hechura ni más ni menos que un caballo encubertado con sus costaneras y coplón, y en todo y por todo, y por debajo de lo que muestran las costaneras y cubiertas sale la cola y los brazos en su lugar, y el cuello y las orejas por su parte<sup>20</sup>».

<sup>19</sup> Anderson Imbert, 1991, p. 22.

<sup>20</sup> Fernández de Oviedo, 1986, p. 102.

O lo que dice de la iguana, esa criatura insólita que el deslumbrado Oviedo no sabe explicar muy bien si se trata de animal o pescado porque anda en el agua y en los árboles, y cuya sobrecogedora descripción parece sacada del más alucinante bestiario medieval:

«En la vista son muy fieras y espantables, pero no hacen mal, ni está averiguado si són animal o pescado, porque ellas andan en el agua y en los árboles y por tierra, y tienen cuatro pies, y son mayores que conejos, y tienen la cola como lagarto, y la piel toda pintada, y de aquella manera de pellejo, aunque diverso y apartado en la pintura, y por el cerro o espinazo unas espinas levantadas, y agudos dientes y colmillos, y un papo muy largo y ancho, que le cuelga desde la barba al pecho<sup>21</sup>».

Las capacidades creadoras de la lengua son tan vivaces como las de la imagen, pero el cronista de Indias, que se vale de las mismas para tratar de explicar su extrañeza ante lo desconocido, de ningún modo es un mistificador se trata, más bien, de un artista inconsciente que origina el prodigio sin llegar a proponérselo. «En la visión mágico realista del mundo –señala Seymour Menton– la realidad tiene una cualidad de ensueño que se capta con la presentación de yuxtaposiciones inverosímiles con un estilo muy objetivo, ultrapreciso y aparentemente sencillo<sup>22</sup>». Este artificio narrativo, que como acabamos de ver ocurre espontáneamente en los relatos de los cronistas de Indias, es el que ha sido desarrollado de manera más consciente y elaborada por los novelistas del realismo mágico. Recordemos el inquietante pasaje en que Mister Herbert, luego de ser invitado a almorzar en casa de los Buendía y paladear «más bien con distracción de sabio que con deleite de buen comedor<sup>23</sup>» el sabor del banano, decide explorar a fondo las virtudes de la fruta sin que ninguno de los circunstantes consiga desentrañar sus intenciones:

«Al terminar el primer racimo suplicó que le llevaran otro. Entonces sacó de la caja de herramientas que siempre llevaba consigo un pequeño estuche de aparatos ópticos. Con la incrédula atención de un comprador de diamantes examinó meticulosamente un banano seccionando sus partes con un estilete especial, pesándolas en un granatario de farmacéutico y calculando su envergadura con un calibrador de armero. Luego sacó de la caja una serie de ins-

<sup>21</sup> *Fernández de Oviedo, 1986, p. 64.*

<sup>22</sup> *Seymour Menton, Historia verdadera del realismo mágico, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 36.*

<sup>23</sup> *Gabriel García Márquez, Cien años de soledad, Madrid, Mondadori, 2004, p. 280.*

trumentos con los cuales midió la temperatura, el grado de humedad de la atmósfera y la intensidad de la luz. Fue una ceremonia tan intrigante, que nadie comió tranquilo esperando que Mr. Herbert emitiera por fin un juicio revelador, pero no dijo nada que permitiera vislumbrar sus intenciones<sup>24</sup>».

«El cuadro, cuento o novela mágicorealista es predominantemente realista con un tema cotidiano, pero contiene un elemento inesperado o improbable que crea un efecto extraño, dejando asombrado al espectador o al lector<sup>25</sup>». Así acontece en numerosos relatos de los cronistas de Indias, como aquel de Pedro Mártir de Anglería en que narra cómo los españoles destacados en la provincia maya junto a las salinas de Chiribichí vieron surgir de pronto de las aguas la cabeza de un hombre barbudo que ante los gritos de asombro de los marineros que bogaban cerca suyo se sumergió de pronto en las aguas, dejando aflorar a la superficie su enorme cola de tritón<sup>26</sup>, o en aquel otro de José de Acosta en el que luego de informarnos de las mil travesuras y piruetas que son capaces de realizar los monos, «esos grandes histriones del reino animal» cuyas habilidades «no parecen de animales brutos, sino de entendimiento humano<sup>27</sup>», nos cuenta la historia de un mico amaestrado que vio en la casa del gobernador de Cartagena que era capaz de realizar maravillas:

«Uno vi en Cartagena, en casa del Gobernador, que las cosas que de él me refería apenas parecían creíbles, como en enviarle a la taberna por vino, y poniéndole en la una mano el dinero y en la otra el pichel, no haber orden de sacarle el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita o le tiraban, poner el pichel a un lado y apañar piedras, y tirarlas a los muchachos hasta que dejaba el camino seguro, y así volvía a llevar su pichel. Y lo que es más, con ser muy buen bebedor de vino (como yo se lo vi beber echándoselo su amo de alto) sin dárselo o darle licencia, no había tocar el jarro<sup>28</sup>».

Y por supuesto en la sarta de historias maravillosas que jalonan la saga de los Buendía desde aquel tiempo genésico en que Macondo era «una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras

<sup>24</sup> García Márquez, 2004, p. 280.

<sup>25</sup> Seymour Menton, 1998, p. 36-37.

<sup>26</sup> Mártir de Anglería, op. cit., en AA.VV., 1992, p. 202.

<sup>27</sup> José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, en AA.VV., 1992, p. 214.

<sup>28</sup> José de Acosta, op. cit., en AA.VV., 1992, p. 214.

pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos<sup>29</sup>» y aún no había aparecido Melquíades y su tribu de gitanos trashumantes para desquiciar el mundo con sus inventos prodigiosos:

«Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia<sup>30</sup>».

Es probable que la realidad hispanoamericana, como señala Anderson Imbert, no goce «de privilegios artísticos» y el realismo mágico de buena parte de sus novelas se deba exclusivamente a la imaginación de «escritores que han mirado a sus tierras y a sus habitantes a través de lentes pulidos en los talleres de la gran literatura mundial<sup>31</sup>», pero después de Borges sabemos que en cada uno de los precursores de un autor se encuentra, de algún modo, su idiosincrasia<sup>32</sup>, observación que nos permite vislumbrar tras los relatos maravillosos del realismo mágico, los ojos abismados y atónitos de los cronistas de Indias que tuvieron la fortuna de ver un mundo inédito envuelto en la luz matinal e inocente de un segundo génesis.

<sup>29</sup> *García Márquez, 2004, p. 9.*

<sup>30</sup> *García Márquez, 2004, p. 9.*

<sup>31</sup> *Anderson Imbert, 1991, p. 18.*

<sup>32</sup> *Jorge Luis Borges, Obras completas, Barcelona, Emecé, 1996, vol. 2, p. 89.*

